

—No, puesto que huyo de él.

—¿Y Román?

—No quiero ni el amor del uno, ni las acusaciones del otro.

—¿Qué quieres, entonces?

—Estar sola, y vivir libremente, trabajando.

—¿Dónde vas?

—Lo ignoro.

—No es posible que vayas á la ventura.

Ella refirió que esperaba hallar una humilde colocación, y que tomaría habitación donde pudiera, esperando hallar algo fijo y ventajoso en cualquier parte.

—¿Quieres que yo me encargue de eso?— preguntó él.

—¿Vos?...

—¿No soy tu amigo? Esta noche quedará listo lo de tu domicilio.

Ella le dió las señas de las hermanas Vernón.

El conde habitaba en el boulevard Hausmann un entresuelo que hacía esquina á la calle Charras.

Estaba á dos pasos de allí.

El portero colocó el ligero equipaje de su inquilina en el coche.

El conde subió en él con Solange y la dejó en la puerta de las hermanas Vernón.

Dos horas después halló una espaciosa habitación desalquilada en un quinto piso, al otro extremo de la calle de Provence, esquina á la de Charras.

La alquiló en seguida para su paisana, y

á la noche, cuando ella salía del taller, donde la admitieron sin dificultad alguna, le entregó la llave de la vivienda, amueblada durante la tarde, con sencilla coquetería.

—Ya me pagarás lo que he gastado— díjole él con su bondad algo brusca,—cuando llegues á ser la dueña, de un gran establecimiento. Puedes estar tranquila. No subiré á tu casa sino cuando me llames. No soy capaz de abusar de los favores que hago.

Estaba convencido de que su protegida iba á ser causa de una catástrofe.

XXXIII

Los cálculos de Felisa iban á realizarse en parte aquel mismo día. Tuvo sus razones para alejar de allí á Solange, sin pérdida de tiempo, á fin de que el marqués no la viera ni en la calle de Sourdiere ni en la de la Paz, en cuanto se apaciguara su ira.

Contaba conque Oliverio le haría una visita, y no se engañó.

A las dos en punto se detuvo una victoria en casa de la modista.

Esta se mantuvo á la defensiva.

Cuando Juliana anunció al marqués de Taunay, Felisa sonrió despreciativamente.

—¿Qué hombres! ¡Todos son iguales!

Se dió aires de muy contrariada, y le culpó con bastante violencia.

—¡Os habeis lucido! ¡Que sea enhorabuena, querido! Debeis presumir de que nadie os gana en torpeza.

—¿Cómo?

—Habeis espantado el pájaro, y ahora pregunto, ¿por dónde podré encontrarlo?

—¿Qué ha sucedido?

—No os hagais de nuevas.

—Os juro...

—Leed.

Y le entregó la categórica esquelita que ella dictó á Solange.

El marqués experimentó verdadera contrariedad, que no pasó inadvertida á Felisa, pero se dominó en seguida.

—Es imposible que ignoreis lo que ha sido de ella— dijo él.

—Pues lo ignoro. Recibí estas líneas á las ocho. Envié en seguida á su casa. ¡Nada! Acababa de irse.

—Ya se la encontrará.

—¿Creeis que eso es fácil! ¡Y quién sabe— añadió la modista maliciosamente— si se habrá ido sola!

Taunay palideció. Estaba indignado con cuanto sucedía; pero, sobre todo, consigo mismo, pues no se perdonaba lo que sentía por aquella mujer, y verse sometido á tantas humillaciones. ¡El, tan orgulloso!

—Pues bien— dijo reponiendose;— si ha desaparecido, que sea en buen hora. ¡Puedo vivir muy bien sin ella!

—Es el partido más prudente que podríais tomar, pero no lo seguireis.

—Os doy mi palabra.

—Para no cumplirla.

—Seré un cobarde, si me retracto.

—Ante una mujer, no hay hombre valiente.

—Mucho nos despreciaís.

—Ya lo creo.

Tomó el sombrero y se preparó á salir.

—Adios, pues—dijo.

Pero no se iba.

—Ya lo veís—repuso Felisa;—no sabeis iros de aquí porque se habla de ella. ¿Qué sería si estuviera presente?

El se acercó.

—Vamos, explicaos—dijo.— Decidme qué pensais de esto.

—¿Todo? No. En parte, porque soy amiga vuestra.

—Vamos...

—Pues pienso que habeis caido en las redes del amor. No quiero hacer de sibila. Pero considero que por más esfuerzos que hagais para olvidarlo, no os servirán de nada. Cuando hay sed es preciso beber. El orgullo os sostendrá unos quince días, hasta seis semanas quizá. Pero en seguida bullirá en vuestra mente, con más fuerza que nunca, el recuerdo de Solange. Poco á poco llegareis de nuevo á humillares y á las mayores bajezas. La cubrireis de oro, si ella quiere. Le ofrecereis vuestro nombre, si lo exige. ¿Qué quereis? Yo sé lo que me digo. ¡Cuántas he visto que distan mucho de valer lo que ella, y han arruinado y envilecido por completo á muchos hijos de familia, que han sido todo lo estúpidos que debían ser para creer en ellas. Solange no arruinará á nadie. Es muy desin-

teresada, pero por su causa habrá quien cometa más atrocidades que esas...

—¿Qué?

—Puede ser que hasta crímenes.

Y añadió descaradamente:

—Y no os asombreis, puesto que ya habeis cometido uno.

Oliverio, encolerizado, exclamó:

—¡Sois diabólica!

—¡Porque hablo claro y digo la verdad!

—Desde luego hay un obstáculo.

—¿Cuál?

—La marquesa.

—¡Oh! Su salud no puede ser más delicada. La duración de ese impedimento no será muy larga; y la belleza de Solange es sol naciente... ¡Qué años de placer os esperan!

El se estremeció.

La modista hacía el mismo cálculo que la princesa.

—Sois el demonio—repitió él.—Vos, que tan mala idea teneis de los hombres, despreciadme á mí tambien como al último de ellos si doy un paso para ver de nuevo á esa muchacha. Que caiga en el fango ó que se eleve hasta las nubes, nada me importará.

—¡Vos, no ververla á ver! ¡Vamos! Después de todo, eso sería menos innoble que abandonarla.

—Ella lo ha querido. Adiós.

—No; hasta la vista.

Oliverio apenas dió la mano á Felisa.

Se fué.

Cuando atravesaba el gran salón, oyó que ella le decía:

—Nadie diga :de este agua no beberé.

Al subir al carruaje ordenó al cochero, que era el de siempre, Stripp:

—Hotel Cavalli.

Aquella noche, la hermosa polaca pudo forjarse la ilusión de que Oliverio la adoraba.

XXXIV

Las ironías de Felisa produjeron el efecto apetecido en el orgulloso marqués de Taunay, que sentia lastimado lo que él entendía por amor propio.

Se obstinaba en creer que su antigua amante se equivocaba.

Se juró olvidar á Solange.

Esperó que contribuiría poderosamente á ello la temporada de verano, es decir, el cambio de población, de aires; la ausencia, en fin.

Y estuvo en Dieppe y en Déauville, no sólo con su mujer, sino con la princesa, los Montalembert y otros amigos.

En Oise adquirió la polaca una magnífica propiedad, el castillo de Tavering, situado á dos leguas del de Taunay.

La casa de la princesa fué el punto de reunión de cuantos elegantes había en los alrededores de Seulis.

La extranjera dió espléndidas fiestas, y puede decirse que casi todos los días orga-

nizaba, un baile, un banquete, una expedición ó partidas de caza.

La marquesa de Taunay no asistió á ninguna de esas fiestas.

La ruptura del matrimonio era completa.

Sin explicaciones ni quejas, Elena se encerró en sus habitaciones, y pasaba la vida entre su desconsolada y antigua sirvienta Eugenia y su primo el conde de Souvray, cuyas visitas no eran ni frecuentes ni largas.

El verano trascurrió en medio de alegrías para los unos y sufrimientos para los otros.

La hermosa Wanda ya no dudaba del amor de Oliveriô.

No se ha visto esposa más cínicamente sacrificada, ni querida más atendida.

La inmensa fortuna de ambos culpables les salvaba de que todo el mundo les despreciara.

Luisa de Montalambert, introducida en el círculo de la princesa, disfrutando de sus fiestas á más y mejor, no aprobaba el retraimiento de su amiga Elena.

Esta se hallaba cada vez más delicada de salud.

Su único consuelo, que era hablar con Roberto, desaparecía también.

Él se ausentó.

Recibió, cuando ménos lo esperaba, una carta de París, en la que él le decía que su hermano estaba enfermo y le llamaba á su lado.

La carta acusaba una tristeza mortal.

Concluía así:

«Os llevo en mi corazón.»

La pobre Elena dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró.

¡Se había quedado sola!

Llegó el otoño, y cuando terminaba, seguía Taunay sin haber intentado siquiera ver á Solange y sin saber nada de ella.

Y tal indiferencia demostraba, que hasta Felisa, á pesar de su claro talento, creyó en aquel desvío.

Y, sin embargo, ni el marques, ni Román Tremor habían podido olvidar un solo instante á Solange.

A mediados de diciembre, después de haber luchado largo tiempo, se declaró vencido, abandonó de una vez el castillo de Taunay y volvió á París.

XXXV

Las hermanas Vernon, Valentina y Juana, son inmejorables modistas.

Su taller, situado en la calle Auber, es tan célebre como el de Virot, Turée y Felisa.

Las Vernon estaban muy obligadas á la maestra de Solange, y no podían rehusarle nada.

Así es que la muchacha obtuvo la mejor acogida; pero es seguro, que á no ser por tan poderosa recomendación, no hubiera sido admitida.

En cuanto entró en el gabinete de la hermana mayor, Valentina, robusta solterona de

unos cuarenta años, y escesivamente gruesa, se fijó atentamente en Solange; y, claró está, le pareció muy bien.

Leyó después la cartita de su amiga, y dirigiéndose á Solange, dijo:

—¿Hace mucho tiempo que estais en casa de Felisa?

—Dieciocho meses.

—¿Y ántes?

—En mi pueblo.

—¿Cuál es vuestro pueblo? ¿Batignolles? Solange se sonrió.

—No, señora; Morvan.

La célebre costurera no estaba muy fuerte en geografía.

—¿Habeis dicho?

—Morvan, junto á Chateau-Chinon?

—Si todas las mujeres de allí son como vos, Morvan es el centro de la belleza. ¿Y qué deseabais?..

—Entrar en vuestra casa.

—Entrareis para la venta; puesto que si no entendeis de abrigos, se os dedicará á *maniquí*... Ya trataremos de enseñaros. ¿Cuánto quereis ganar?

—No sé.

—No debeis ser exigente.

—Sin duda...

—Se trata de un verdadero aprendizaje. Y en estricta justicia, vos sois quien debiera pagarnos á nosotras.

Solange se estremeció. Si no ganaba nada, ¿de qué viviría?; y sobre todo, ¿cómo pagar la crianza de su hijo? La nodriza de Cormei-

lles no era mala, pero sí interesada; y además necesitaba de aquellos cuarenta francos mensuales.

Esperó ansiosa la decisión de la modista; ¡de ella dependía ahora su destino!

—Escuchad, hija mía,—repuso Valentina; —por pura bondad de mi parte, os admito sin consultar con mi hermana, que no se ocupa de esos detalles, y os señalo cincuenta francos mensuales... y la comida. Los domingos no se trabaja.

Solange se quedó helada.

Valentina lo notó y repuso:

—No os asusteis. Eso es para empezar. Es cuestión de unos meses. Cuando ya esteis al corriente de todo, no os faltará nada; se os irá aumentando el sueldo según vuestros méritos. ¿Qué decidís?

—Acepto.

—¿Cuándo quereis entrar?

—Si es posible, ahora mismo.

—Bien. Os recomiendo el mayor esmero en el vestir. Mucha cortesía con las clientes; pero sobre todo con los clientes..., y no dejéis tampoco de ser amable con los comisionistas que vienen á hacer sus compras y representan grandes ganancias para la casa. ¿Me habeis comprendido?

¡Todo ese lujo con cincuenta francos al mes!

Así es que con voz muy débil, contestó:

—Sí, señora.

Valentina llamó á una de las primeras oficiales, y le dijo:

—Encargaos de esta señorita. Tenedla á vuestro lado, é indicadle cuál es su obligación.

De este modo entró Solange en casa de las modistas de la rue Auber.

Esta casa ya hemos dicho que era muy importante; pero no era sólo con los trajes y abrigos con lo que se comerciaba allí... Las tales hermanas no eran muy escrupulosas en la elección de los negocios. Con tal de que fueran productivos, todos les parecían buenos.

Valentina, de una sola ojeada, apreció las cualidades de Solange, cuya belleza juzgó que podría ser una mina para la casa...

La Vernon ignoraba la historia de Solange. Y, enviada por Felisa, no veía en aquella muchacha mas que una de tantas, dispuestas, á la fuerza unas y por su voluntad otras, á ganar dinero.

Solange, al principio, no fué iniciada en tan repugnantes detalles.

Trabajó á conciencia, levantábase temprano, acostábase tarde, de noche se dedicaba á arreglar sus trajes, y por la mañana era la primera que llegaba al taller, siempre dulce, siempre sumisa, y afable siempre con todo el mundo.

Cuando se veía sola en su casita, sin tener á quien confiar todos sus pensamientos, sentíase desfallecer, sobre todo cuando pensaba en el porvenir.

Pasados los primeros meses, ya no le quedaba ni uno solo de los pocos luses que tenía cuando salió de casa de Felisa. Y experimen-

tó, ¡desgraciada!, la vergonzosa tortura de toda mujer digna é independiente, cuando ve que no cuenta con una cantidad que, por pequeña que sea, represente para ella honrosa libertad por unos días siquiera.

Verdad es que los medios de enriquecerse no le faltaban; pero no los admitía ni por asomo.

Al cabo de algunas semanas, su belleza se hizo célebre entre los comisionistas. Todos se la disputaban. No comprendió al principio los ofrecimientos con que la asediaban, y que rehusaba con triste bondad; pero una noche que accedió á ir al teatro con una de las oficiales, aquella á quien la confió Valentina, la señora Picot, en unión de compradores de alto vuelo, tuvo forzosamente que ver claro.

Y decidió abandonar el palco á mitad del acto segundo; iba avergonzada, indignada. Así es que al día siguiente volvió con terror al establecimiento de modas.

Con gran sorpresa suya, no la hicieron ni la menor reconvención.

Era evidente que la Picot habría hablado. Por esto la robusta Valentina miró á Solange de manera que ésta comprendiera que no ignoraba la escena de la noche anterior, ni aprobaba ese exceso de virtud, que además no comprendía.

Algunos días después, á raíz de una visita de Felisa, que le preguntó como de pasada: ¿Qué hay de nuevo? Valentina la llamó, é hizo pasar á su gabinete.

Solange iba temblando.

—Señorita,—le dijo categóricamente Valentina—no servís para esto. No podeis seguir aquí. Pasad á la caja.

Ella obedeció aterrada.

En la calle se cruzó con Souvray, que partía para Nievre y que la saludó amistosamente.

No se atrevió á confesarle su desastre.

Entró desolada en su casa.

Felisa había contribuido á su desgracia.

Las hermanas Vernon no estaban descontentas de aquella oficiala tan hermosa, y hubieran sido indulgentes con ella.

Pero Felisa estaba furiosa. Sus cálculos caían por tierra; le horrorizaba la sola idea de perder la respetable suma que el marqués la tenía ofrecida.

En efecto, Taunay parecía renunciar á conquista tan difícil.

Apenas iba á ver á su antigua querida; y si la visitaba, era para hablar de cosas indiferentes; nunca de Solange.

Un día se atrevió Felisa á hacer alguna alusión, pero él no se dignó entenderla.

Empezó entonces á hacer los mayores elogios de la polaca.

Felisa se consideraba vejada; pero no desfallecía aún. Quiso probar hasta dónde llegaba la resistencia de Solange al verse en la miseria.

Y no contenta con ser causa de que la pobre cilla fuera despedida del establecimiento de las Vernon, le escribió una esquila muy melosa para demostrarle que había hecho

mal en dejar el puesto que tenía, que al fin hubiera sido excelente; pero no le ofrecía su amparo, permitiendo que ella sola se buscara la vida; mas sin dejar de hacer mil protestas de amistad y buenos deseos hácia ella.

Y entonces empezó para la infeliz el calvario de ir buscando colocación de taller en taller; ¡verdadero suplicio para toda persona digna!

Y pasó por la vergüenza de que en todas partes le dijeran poco más ó menos lo mismo:

—No necesitamos más gente. Sobra personal.

Y así pasó tres semanas enteras, sin conseguir nada.

Entonces, desolada, sin recursos, hostigada por la nodriza, á quien adeudaba dos mensualidades, sin más capital que unos cuantos miserables francos, preguntándose qué sería de ella pasados tres ó cuatro días, decidió escribir á Simona, su confidente, su amiga, y le puso tres ó cuatro líneas, cuyo contenido no podía ser más desgarrador.

Diciembre terminaba.

Solange estaba muy abatida.

Salió una noche, loca de pena, huyendo de la soledad y del silencio de su vivienda. Iba al azar con la muerte en el alma, no pensando más que en las mil angustias que acababan con ella y sin fijarse en los transeuntes, cuando en la esquina del boulevard Haussmann se detuvo de pronto.

A diez pasos de ella, y gracias á la luz

de un farol, acaba de ver á uno que se parecía mucho á Román Tremor.

—Sí, era él.

Un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo.

Román no estaba solo.

Una muchacha, bien parecida y bastante elegante, iba de su brazo.

Solange se ocultó en un portal y volvió la cabeza.

La pareja se acercaba.

Ella era Juliana; estaba muy contenta; reía y hablaba mucho.

Cuando pasaron por su lado, oyó que la nombraban.

—¿No se sabe nada de ella?—preguntaba Román.

—Nada.

Solange no pudo oír más. Estaban ya lejos.

Quiso gritar á su amado:

—¡Román, soy yo!

Si hubiera ido solo, se hubiera abrazado á él, y hubiese tratado de convencerlo de su inocencia. ¡Pero le faltaban fuerzas para luchar! Y ahora, después de aquel encuentro, creía odiarle, no por las injurias que la dirigió, y que probaban su amor, sino por aquella traición.

Sí, le odiaba como al marqués. Ya no quería nada ni á nadie.

Su alma se llenaba de hiel.

Tantos golpes la destrozaban el corazón.

¡Pero aquel último era el más terrible y para su espíritu, ya cansado, era mortal!

¡Ah! los cálculos de Felisa y los del marqués tenían su razón de ser.

Si en aquel momento se hubiera presentado el marqués de Taunay, reiterándole sus vergonzosas proposiciones, no las hubiera rehusado. ¡Hay horas en la vida de los que sufren, que son horas de desfallecimiento, en las cuales no se piensa en la moral, en el honor ni en la virtud!

Y hubiese respondido:

—Aquí estoy. Tomadme. Pagadme. Venga esa fortuna que me ofrecéis; quiero lujo é ir en magníficos carruajes para ir, desde ellos, mirando desdeñosamente á ese hombre, por el cual me hubiera condenado.

Estaba harta de sufrir, de implorar.

Y, sobre todo, estaba celosa.

Pensaba también en su hijo, en que no iba á tener con qué alimentarle, ¡y le veía muerto de hambre!

Las resoluciones más insensatas bullían en su mente.

¡Ya no podía creer ni aún en el amor de Roman!

En ese estado de ánimo pasó del boulevard á la calle Real y se encaminó hacia la plaza de la Concordia. Fruncido el ceño, extraviada la mirada, llegó al puente y se apoyó en el pretil. La noche era magnífica, parecía de otoño. Solange se inclinó. Le parecía que el agua la llamaba; ¡como que era el descanso, el olvido, el fin de tantas penas!

¿Por qué no acabar de una vez?

¿Su hijo?

Muerta ella, el marqués, arrepentido, se encargaría de su porvenir.

Presa de un vértigo, hizo ademán de arrojarse; pero en esto sintió que la sujetaban.

Era un agente de policía.

Ella se volvió.

Y él preguntó:

—¿Qué haceis ahí?

—¿Yo? Nada.

—¿Quereis ahogaros?

—¿Qué locura!—balbució.

Él la miraba con agrado, con bondad:

—¡Fuera una lástima!—exclamó.—¡Una muchacha tan hermosa, y tan joven! No hay que desesperarse.

Solange no contestó. Miróle con agradecimiento, y continuó su camino.

Cuando pasó por delante de la iglesia de la Magdalena, iban á dar las once. La calle Real estaba casi desierta; no había una sola tienda abierta; pero más lejos, en el *boulevard*, reinaba todavía gran animación.

Iba á tomar la calle Auber para dirigirse á su casa, cuando se encontró con un grupo que le cerró el paso.

Aquel grupo se componía de dos hombres y una mujer; una rubia, célebre por su belleza y por el número de adoradores que tenía. Ellos eran Tallevande y el barón de Montalambert. Nadie hubiera dicho que éste se hallaba anémico.

—¡Toma! ¡O mucho me engaño, ó esta es la bonita modista de casa de Felisa! Qué feliz soy al veros, hermosa criatura. ¿A qué debo

tan venturosa casualidad? Yo no hacía más que preguntarme: ¿Qué será de aquella hermosa?

La verdadera enfermedad del barón consistía en un excesivo entusiasmo por el bello sexo.

La baronesa no se equivocaba al asegurar que su marido, cuando la acompañaba á casa de Felisa, no hacía otra cosa que contemplar á la encantadora muchacha, que no se ocupaba de él, y que cuando decidió declararla su amor, ella desapareció como una sombra.

—Vamos á cenar—añadió.

Acercándose á Solange, le dijo algo al oído.

Ella se puso encarnada como una cereza.

—Pero eso no os obliga á nada, monina mía—añadió en seguida.—Seremos cuatro; he ahí todo.

Montalambert tenía gracia cuando quería. Prueba de ello era que, á pesar de sus grandes defectos, había conquistado á su mujer, que en el fondo le adoraba.

Siguió insistiendo con bastante afán.

Solange iba á rehusar; pero tuvo una idea, y, para llevarla á cabo, aceptó.

El barón era muy amigo de los Taunay; y con seguridad la hablaría del marqués, cuyo silencio no dejaba de extrañarla. Quería saber si la había olvidado realmente.

—¿Por qué no?—contestó ella.—Vamos.

Dió el brazo al barón y continuaron su camino hasta llegar al landó, que les esperaba á pocos pasos de allí.

XXXVI

Era, en efecto, Román Tremor aquel á quien Solange encontró del brazo de Juliana. Después de creer que Solange era la amante del marqués, el desdichado no tenía sosiego. Y, al igual del marqués, tan pronto estaba en París como en el campo. Pero todo en vano; no podía sustraerse á la pasión que sentía, y que era la desesperación de su vida.

Dos días después de escrita aquella carta, estaba ya arrepentido de haberla enviado.

Sentía imperiosa necesidad de saber algo de Solange.

El portero de la calle de Sourdiere le acogió como si fuera un malhechor.

Todo lo más que pudo saber fué que la inquilina del piso cuarto había volado.

¿Dónde estaría? ¡Misterio! Pero este misterio no podía tener más que una explicación: ¡se habría ido con el marqués! Si renunciaba al puesto en que ganaba para su subsistencia, era porque ya no tenía necesidad de trabajar, porque, vencida por las tentadoras instancias de aquel hombre odioso, acabó por entregarse, aceptando sus ofrecimientos y ocultando su vergüenza donde él hubiese querido llevarla.

En vista del poco éxito que tuvo con el portero, volvió á la doncella de Felisa.

Fué recibido con los brazos abiertos.

Juliana se consideró muy halagada, cre-

yendo que Román no había podido olvidarla.

Y mediaron algunas esquelas; muy lacónicas por parte de Román, é inflamables por la de Juliana.

Era el de esta mujer un temperamento volcánico; pero tuvo la desgracia de tropezar con un hombre de hielo... para ella.

Su singular amigo le proporcionó, siempre que ella estaba libre, cuantos placeres se le antojaron; todos, ménos uno... Teatros, paseos, bailes al aire libre, partidas de campo; á nada de esto se oponía Román.

Bastaba que Juliana deseara algo de eso, para que él se lo proporcionara en seguida; pero una vez terminada cualesquiera de esas fiestas, Román la acompañaba, con respeto casi impertinente, hasta la puerta de su casa, cuidando siempre de evitar el peligro de hallarse á solas con ella.

Pero aquella noche Juliana se propuso arrancar una confesión á aquel adorador cuya frialdad la exasperaba.

Quería saber á qué atenerse respecto de las intenciones de aquel hombre que, á pesar de haberla visto veinte veces, no le declaraba su amor.

Felisa estaba de *soirée* y volvería muy tarde á su casa. Quedaban, pues, libres.

Romás, como es consiguiente, no perdía ocasión de averiguar por Juliana, algo de lo que tanto le interesaba; pero las noticias de su amiga no aclaraban la situación.

Todo se redujo á saber que la señorita de

Fargeas había desaparecido de súbito; que después de su marcha apenas iba el marqués de Taunay á casa de Felisa; que ésta se encerraba en la más completa reserva y huía hasta de nombrar á su antigua protegida; y, en fin, que en vista de todo aquello, ella, Juliana, no dudaba de que Solange hubiera accedido á los ruegos del marqués.

Y lo decía de buena fé.

Juliana no era de las que admiten esa resistencia tenaz; en las jóvenes sin dote, sobre todo cuando el seductor se presenta en magnífico carruaje tirado por caballos que valen lo menos diez mil francos el par, y con un cochero tan imponente como *mister Stripp*.

Acababan de pasar junto á Solange, cuando Juliana dijo á Román con voz insinuante: — ¡Si comiéramos! ¡Tengo un hambre ferroz!

Román comprendió que le tendían un lazo.

— ¡Tan tarde! — contestó con timidez.

— Pues bien, será cena. El nombre es lo que menos importa.

Juliana opinó que debían ir á Clichy, en casa de Lathuile.

Era lejos; pero él, lleno de las mejores intenciones, no se opuso.

Era preciso tomar un coche.

Los ojos de Juliana parecían dos chispas.

Una vez dentro del carruaje se acercó mucho á su acompañante, que bajó los cristales para respirar mejor y mirar á cuantos pasaban por allí cerca con marcada curiosidad.

Juliana, despechada, se acurrucó en uno de los ángulos, dando suspiros capaces de echar abajo la portezuela.

Tremor fué contando las tabernas que había en el trayecto, y contó cuarenta y siete. Parecía muy interesado en hacer esos cálculos.

Su amiga pensaba en otra cosa, y se prometía desquitarse en casa de Lathuile.

Al fin llegaron.

Mientras Román pagaba al cochero, Juliana, que conocía el terreno, se dirigió resuelta y directamente hácia un gabinete.

Su acompañante no protestó; y poco después quedaban instalados en un saloncito muy estrecho, tapizado de amarillo y en el que, á más de la mesa, había un divan, dos sillones y dos sillas.

Román dejó á Juliana que encargara una de esas cenas que probaban con toda evidencia que los gabinetes particulares no tenían secretos para ella.

El amor no le quitaba el apetito.

— ¿No comeis? — dijo á Román cuando quedaron solos.

— No tengo hambre.

Juliana bebió una copa de exquisito Saint-Emilión.

— ¡Qué bonito color tiene ese vino! — dijo Román por decir algo.

— Es muy bueno — contestó ella acercándose.

Y añadió en seguida:

— ¿En qué piensas? ¿Estás preocupado?

Esto fué como pasar el Rubicon de la familiaridad, por medio de audaz tentativa.

El contestó categóricamente:

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo que deciros algo muy delicado, Juliana.

Al oír ella esto, dejó caer en el plato un cangrejo que estaba saboreando.

—¿De qué se trata?

—De una confesión que os debo.

—Hablad, hablad.

—¿No me guardareis rencor?

—No.

—¡Debeis haberme encontrado más de una vez, de una frialdad inconcebible...

Ella no lo negó.

—Es cuestión de temperamento; y este no se elige—contestó Juliana.

Me lo he echado en cara con frecuencia—repuso él;—pero ¿qué quereis?... Tengo trastornado, enfermo el corazón; en él vive una imágen que no le deja en libertad.

Juliana temblaba.

El terminó diciendo:

—Os querré siempre como á una amiga.

—¡Una amiga!—exclamó ella, herida en lo más vivo de su alma.—Francamente, si yo hubiera sabido eso!...

El no hizo caso de esta salida, y continuó:

—Quiero daros una prueba de esa amistad, Juliana.

—¿De veras?...

La doncellita estaba irónica.

Román sacó del bolsillo una cartera.

—Mi socio Bricbet me ha dado cuenta esta mañana de las ganancias obtenidas últimamente en el restaurant. He separado vuestra parte, y os la ofrezco.

Y sacando dos billetes de mil francos los colocó cerca del plato de Juliana.

Esto sirvió de bálsamo á su herida.

—¿Todo es para mí?—preguntó.

—Sí; lo que siento es no ser más rico; pero os ofrezco que si más adelante puedo, no os olvidaré.

Juliana se levantó y abrazó á Román.

—Tienes un corazón hermoso, y eres todo un gran señor; ¡ya quisieran parecerse á ti muchos marqueses y barones que frecuentan nuestra casa!... ¡No puedes olvidar á tu piñana! ¿La sigues amando?

—Siempre.

—¿Y te atormenta no saber nada de ella?

—¡Ya la creo!

—Pues aguarda dos ó tres días, y te diré dónde podrás verla. Soy franca. No te negaré que hubiese querido hacértela olvidar. Pero veo que eso no puede ser. Te juro que no sé donde está; pero también te juro que tardaré poco en averiguarlo.

Acabó de cenar alegremente. Cuando bajaban por la calle de Clichy, eran los dos mejores amigos del mundo.

Y, no obstante, no era el dinero lo que Juliana hubiera preferido...

Poco más ó menos, á la misma hora, una

escena muy diferente de urría en un restaurant famoso del boulevard.

Hemos dejado á Solange del brazo del barón de Montalambert. No la seguiremos; pero entraremos en el círculo de la calle de Scribe, uno de los más brillantes de París, y sin duda alguna del mundo entero.

A la una de la madrugada el aspecto de los salones era magnífico.

En uno de ellos se hallaban el vizconde de Reuilly, amigo del marqués de Taunay, y éste, que por cierto estaba cada vez más sombrío y más triste.

—Querido—dijo el vizconde,—explicadnos qué tenéis. No parecéis el mismo.

—No me fastidiéis, Reuilly—contestó Oliverio.

—¿Y Montalambert? ¿Qué es de él? No está aquí. ¿Tiene algún arreglo?

—Nos hace falta Montalambert—repitió otro.

—¿Quién me llama?—dijo el barón.

—Todo el mundo.

—¿De dónde sales?

—¡Ah! Se trata de una aventura estupenda, increíble, ni leula, inverosímil.

—Cuéntanosla.

—Dejádme respirar, hijos míos. Me siento algo débil. ¡Si supiérais!...

El barón se dejó caer en un sillón. Se aflojó el lazo de la corbata blanca, se frotó los ojos y abrió una boca de caiman cuando bostezó.

—Ya sé de lo que se trata—dijo Reuilly—

sales de una orgía romana. Es el champagne. Dádle un vaso de agua y se repondrá.

Un lacayo llevó en una bandeja una copa de agua, en la cual había echado algunas gotas de agua de azahar.

Después de haberse mojado los labios, con visible satisfacción, dijo:

—Ahora voy á explicaros mi aventura.

—¿Es rara?—preguntó Reuilly.

—No para mí, sino para vosotros.

—Bueno.

—A eso de las diez iba yo tranquilamente á mi partida, cuando encontré á Tallevande que salía de una casa cerca de aquí, é iba á tomar un coche que se hallaba á corta distancia.

—¿Solo?

—No, en compañía de una señora que no merece ninguna consideración. Encantadora, desde luego, rubia y á quien conocéis casi todos.

—¿Su nombre?

—Chitón. No pongais mi discreción á prueba. Llamadla Bola de Nieve ó Gardenia, os lo permito. Tallevande me detiene y me dice:

—«¿Vienes á cenar?»

»Yo contesté:

—»Gracias, no quiero estorbaros. Además, es muy tarde. Salgo de comer en familia.

—¡Oh! Al grano, amigo mio—dijo Reuilly.

—Reclamo vuestra indulgencia. No me decidía á aceptar. Pero como Bola de Nieve es bonita, y siempre resulta agradable contemplar á una mujer tan bella, sobre todo

—La lleva un amigo, iba á decidirme, cuando precisamente frente á nosotros, en la misma acera, una joven de incomparable hermosura...

—¡Oh!

—No me retracto. Se adelanta con aire turbado. Doy un grito. ¿Qué veo? Una adorable...

—¡Oh, oh!

—Pues sí, una adorable modista de casa de Felisa, en quien me había fijado hace algunos meses, y que de pronto se eclipsó sin que yo pudiera saber á dónde había ido.

El marqués parecía distraído. Pero en aquel momento se volvió al barón.

—La detengo—repuso Montalambert.—Quiere huir. La obligo á escucharme. Se resiste. Creo que va á emprender la fuga, y de repente me dice: «Sea, vamos.» Entra con nosotros en el carruaje y partimos.

—Hasta ahí, nada extraordinario—dijo Reuilly.

—Si la asamblea quiere que no siga...

—No, continuad, os lo ruego—se apresuró á decir el marqués de Taunay.

—Entramos en el café Inglés, gabinete número 6. Tallevande encarga una cena exquisita. Bola de Nieve se quita el abrigo y nos deja ver su hermoso busto. Mi modista no llevaba ningun adorno. Y, sin embargo, es seguro que eclipsaba á la otra. Entonces traté de informarme, y me explicó que estaba sin colocación, y que no podía encontrarla; que habita una reducida habitación

en el quinto cielo, pero no sé en qué calle. Evitó darnos sus señas. En fin, comprendí que es muy desgraciada. Lo confesó sin frases pomposas, ni artificios de ningun género. Dijo también que había nacido en Morvan, entre bosques, y que habiendo venido á París en busca de fortuna, no la podía hallar. De vez en cuando me preguntaba:

—«¿Sois del *Jockey*?

—«Sí—contesté.

—«Hay socios de mi país.

—«¿Quiénes?

—«Por ejemplo, el marqués de Taunay.

—«Justamente. ¿Le conocéis?

—«Le he visto en el pueblo. ¿Qué es de su vida?

—«Se divierte mucho. Las princesas le adoran...»

El marqués de Taunay dirigió una biliosa mirada á Montalambert, que estaba de espaldas.

—Yo perdía la cabeza—siguió diciendo Amadeo—al contemplar tanta frescura, tanta juventud, tal corrección de facciones. La otra no podía apreciar la admirable modestia de mi jovencita.

—Montalambert—dijo Reuilly—incurres en la sosería de un sentimentalismo estúpido.

—A la tercer botella de Champagne yo estaba loco y fui audaz. Debo reconocer que mi vecina contestaba friamente á la expansión de mis ternuras. Y eso que la otra pareja le daba muy mal ejemplo... Yo hubiera querido imitarlos; pero había entre nosotros